

EL MIEDO COMO PROBLEMA POLÍTICO*

Fear as a political problem

Danny Gonzalo Monsálvez Araneda**
Universidad de Concepción
dannymonsalvez@udec.cl

INTRODUCCIÓN

¿Por qué estudiar y analizar el miedo o los miedos desde una perspectiva política, cuando puede ser un tema que dice relación con aspectos de la psicología o la sociología? Lo hago desde la política o historiográficamente hablando desde una (nueva) historia política, ya que está busca o tiene como uno de sus principales ejes temáticos el estudio del lenguaje, los conceptos, las representaciones, imaginarios, mentalidades, cultura política, sociabilidad y obviamente el tema del poder, pero no necesariamente circunscrito al aparato jurídico, sino en una mirada más amplia que dice relación con la descentralización del poder. Siguiendo a Michel Foucault “una trama de relaciones de fuerza distribuidas de manera asimétrica por toda la sociedad, incluyendo el sexo, el afecto y las emociones”; por lo tanto, lo que interesa explorar - citando al intelectual Norbert Lechner- es aquella dimensión subjetiva de la política; es decir, como nos hacemos cargos de nuestros miedos, sueños, anhelos, incertidumbres, esperanzas, emociones y creencias con las cuales nos movemos y orientamos en nuestra vida cotidiana.

Entonces y como primera cuestión, ¿qué vamos a entender por política?, por lo tanto, ¿por qué nos interesa estudiar la dimensión subjetiva de la política?. Entendemos por política aquello que va más allá de un tema partidario (partidos políticos, resultados electorales, elecciones de diputados y senadores); la concepción de la política, implica como apunta Cornelius Castoriadis (2007), una actividad colectiva y reflexionada de los sujetos, concerniente a todo lo que en la sociedad, es participable y compartible.

Por su parte, el sociólogo Tomás Moulian, señala que la política constituye “la forma más alta de la “vida activa” en la cual se movilizan

* El presente ensayo corresponde a la ponencia presentada el sábado 15 de diciembre de 2012 en el Aula 103 de la Facultad de Ciencias Sociales en el marco del Seminario Interdisciplinario “*Imaginarios Sociales de la Inminencia: desaliento moderno y pensamiento apocalíptico*”. Actividad organizada por el Grupo Compostela Estudios Imaginarios Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología y Sociología, Universidad de Concepción. El título hace referencia a un trabajo de Norbert Lechner intitulado “*Los miedos como problema político*”, Obras Escogidas, Volumen 1, 2006, p. 397 a 408.

** Doctor (c) en Historia. Académico de Historia Política de Chile Contemporánea en el Departamento de Ciencias Históricas y Sociales, Universidad de Concepción.

las facultades del pensar (colectivo) y del hacer (colectivo)", o bien representa aquella práctica política, entendida como "un juego de espejos donde una sociedad busca mirarse a sí misma y se duda, se sospecha, se hace preguntas, pero no sobre lo por-venir, sí más bien sobre lo por-construir" (Moulian, 2004: 13). Por lo tanto, la política para tener un sentido constructivista y proyectual, requiere de un basamento ideológico, de ahí la importancia de las ideologías, que en palabras del citado Moulian "nos permiten la racionalización de los conflictos y la transformación de los conflictos de poder puro, en conflictos trascendentales que tienen que ver con ideas de sociedad. Porque ¿qué es una ideología?. Es, simplemente, el fundamento teórico a partir del cual uno piensa el presente y el futuro de Chile. Entonces, una cosa son las ideologías excluyentes, que deben ser combatidas, pero aceptar esta idea de la muerte de las ideologías es hacerle caso a la única ideología actualmente viva, que es el neoliberalismo, que es una ideología potentísima además, que anuncia la muerte de las ideologías, pero actúa como una de ellas: tiene un proyecto de sociedad, tiene aparatos ideológicos que permiten difundir esta idea de sociedad, sean ellas universidades, medios de comunicación, etc." (Moulian, 2005: 98-99).

Para el mencionado Lechner, la política es aquella "conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado", donde la política contribuye a producir sociedad y en ese proceso, la tarea de ésta (es ahí la importancia de su dimensión subjetiva) es acoger los deseos, malestares, ansiedades y dudas de las personas, lo cual conlleva volcar la mirada a las emociones, creencias e imágenes con las cuales nos orientamos en la vida cotidiana. Por lo tanto, la política debe dar cabida a la subjetividad, para que el ciudadano tenga la oportunidad de reconocer su experiencia cotidiana como parte de una vida en comunidad. De ahí el peligro cuando una sociedad no se interroga, no conversa el sentido que pueda tener la convivencia actual y futura, quita a la política su razón de ser, "mejor dicho, renuncia a la política como el esfuerzo colectivo de construir una comunidad de ciudadanos y se contenta con la gestión de los negocios de cada día" (Lechner, 2002: 13).

Ese vaciamiento de la sociedad (despolitización), conlleva a que el miedo o los miedos sean instrumentalizados por las elites, grupos de poder, la clase política, instituciones y medios de comunicación, los cuales controlan y difunden un determinado modelo de sociedad, jugando un papel fundamental a la hora de crear "inseguridad". Son mecanismos de poder, de control social, que van demarcando el campo de lo legítimo e ilegítimo, lo permitido y prohibido en la ámbito económico, social, político, incluso en el tema de la fe¹.

¹ Teun van Dijk señala que el poder del discurso es un medio para controlar las mentes de otras personas y así, una vez que controlamos las mentes de otros, también controlamos indirectamente sus acciones futuras. En este caso, no necesitamos forzar a las personas para que hagan algo sino que ellas hacen lo que queremos en su libre albedrío o bien porque no tienen alternativas. De esta manera es que podríamos manipular, mal informar, mal educar, etc., a otras personas de acuerdo a nuestros intereses y en contra de sus altos intereses". "El poder está basado en recursos sociales escasos como dinero, tierras, casas, un buen salario y otros recursos materiales; o en conocimiento, fama, cultura y recursos simbólicos similares. Uno de estos recursos es el

En el fondo se trata del tema de la dominación, basado por ejemplo en el carisma (líder populista y demagógico) o en aspectos legales-burocráticos, en la construcción de hegemonía, entendida como aquella dirección política e ideológica de un sector, grupo dominante que conlleva una distribución del poder, jerarquía e influencia, la cual tiene como objetivo asegurar la adhesión y el consentimiento libre de las masas (sectores subalterno). De esta forma, la hegemonía cultural, es decir, una serie de mecanismos y dispositivos que buscan hacer aceptar voluntariamente a otros sectores todo un sistema de valores, actitudes, creencias que legitiman un determinado orden establecido (instituido) y en aquella tarea colaboran instituciones como la iglesia, medios de comunicación, la educación (escuela) y los intelectuales orgánicos del sistema.

Desde la perspectiva del aludido Castoriadis hablaríamos de heteronomía, como aquel control que comprende no solamente la imposición de una fuerza física sobre quienes están en situación de dominación, sino también a múltiples aspectos culturales que se van instituyendo a través de prácticas, normas, determinado tipo de relaciones sociales. Siguiendo a Manuel Antonio Baeza, la “diferencia” entre hegemonía y heteronomía, es básicamente una cuestión de perspectiva de análisis, mientras la primera ha de ser vista “desde arriba”, es decir desde el Estado, las élites y clases dominantes, la segunda ha de ser vista “desde abajo”, desde quienes modifican sus estados de voluntad en la aceptación de una determinada dominación (Baeza, 2003: 110).

La heteronomía implica la pérdida de autonomía o sea la “sociedad no se reconoce como la fuente de sus normas”, no existe una interrogación ilimitada, no existe deliberación colectiva, se ha perdido el sentido de una política deliberativa y conflictual, con lo cual se ha llegado a “un tipo de individuo que ya no es el tipo de individuo de una sociedad democrática (participar de las discusiones, en la deliberación, formación de leyes) o de una sociedad en donde se puede luchar por más libertad, sino un tipo de individuo que está privatizado, que se ha encerrado en su pequeño ámbito personal y que se ha convertido en un cínico en relación con la política”; es decir “cuando las personas votan, votan cínicamente, no creen en el programa que se les presenta, sino que consideran a X o a Y como un mal menor respecto de lo que era Z en el periodo precedente” (Castoriadis, 2010: 56).

Se llega así a una especie de “servidumbre voluntaria” o sea acatar leyes, discursos y normas, sin preguntarnos por qué tenemos que hacerlo de la manera que lo hacemos. Así, esta dominación es total “cuando la construcción social de la realidad por parte de los ciudadanos coincide con el universo ideacional de sectores que tienen una posición de privilegio en la sociedad” (Baeza, 2003: 112).

Uno de los casos más paradigmáticos en todo este proceso, lo constituye el discurso de la delincuencia y el delito, al respecto, en marzo del presente año, en entrevista con el periódico Argentino Página 12, el

acceso preferencial al discurso público”. VAN DIJK, Teun. “Discurso y dominación”, Universidad Nacional de Colombia. Sede Bogotá. Facultad de Ciencias Humanas. Grandes Conferencias en la Facultad de Ciencias Humanas, N° 4, Febrero de 2004, 27 páginas.

investigador británico e impulsor de la “criminología cultural”, Keith Hayward señalaba que el “delito vende” y los medios de comunicación se encargan de “crear miedo y luego sacar provecho de aquello”².

Aquí en Chile uno de los casos emblemáticos lo representa *Paz Ciudadana* y la figura de *Don Graf*. Como señala Martín Hopenhayn “la sociedad está llena de temores porque nadie sabe lo que va a pasar en el futuro. Ello, sumado a la aceleración de los cambios culturales, despierta gran temor, lo que hace a la sociedad construir un chivo expiatorio que es siempre otro, un peligro que acecha”, y en el caso de *Paz ciudadana*, Hopenhayn lo grafica de la siguiente forma: “sospechosamente, el uso mediático de la violencia y la droga está siempre localizado en la derecha política o a través de una institución que opera como pivote, como Paz Ciudadana. Son temas que instalan ofreciendo de paso la solución, que para ellos es la represión”³. De ahí por ejemplo que tanto la delincuencia, la droga asociados al tema de los jóvenes pasen a ocupar un lugar preferencial en el escenario público, dejando de lado los problemas sociales, y reforzando aquella mirada y concepción punitiva que el citado Hayward catalogaba de “criminología institucional”, la cual gira en torno de las policías, las cárceles, la vigilancia, las cámaras y el control.

En aquella perspectiva de análisis, el profesor Baeza se pregunta. “¿Cómo “administran” entonces ciertos actores económicos tantos miedos y tantos padecimientos contemporáneos, objetivos y subjetivos?, pues bien, fomentando cínicamente -vía publicidad, imágenes televisivas u otros- subjetividades sociales (e imaginarios) aprehensivos, al mismo tiempo que colocando oportunamente en el mercado antidotos humanos (léase servicios de seguridad) o, sobre todo, tecnológicos (léase sistemas sofisticados de televigilancia), dirigidos contra aquellos factores que nos atemorizan o inquietan (léase delincuencia), que nos precipitamos a adquirir cuando transformamos nuestras casas urbanas en fortalezas colmadas de dispositivos electrónicos de seguridad...la formula parece bastante simple y lógica desde un punto de vista económico, “para vender seguridad hay que difundir primero inseguridad” (Baeza, 2008: 475).

DESARROLLO Y DISCUSIÓN

¿Miedo a qué?: nuestros miedos

En medio de la crisis por la cual atraviesa la política y sus prácticas y el discurso de la muerte de las ideologías (fin de la historia), los ciudadanos no tienen o encuentran un mapa o brújula que pueda servir para fijar el rumbo en los momentos de incertidumbre.

La ausencia de mapas, que ayuden a ordenar la realidad y tener un determinado sentido de orientación hoy parece diluirse en medio de la incertidumbre, los temores y angustias. “El mundo que nos era familiar se nos viene abajo y nos encontramos sin instrumentos para orientarnos en el nuevo paisaje. Ello plantea serias dificultades a la política”, ya que

² Página 12, Argentina, lunes 12 de marzo de 2012. Edición online.

³ La Nación Domingo, semana del 4 al 10 de septiembre de 2005, p. 27.

al no tener un “mapa de navegación” que dé cuenta de algunas condiciones reinantes y problemas, difícilmente se podrá trazar una ruta posible. Quedando a merced de un des-ordenamiento de nuestro entorno (Lechner, 2002: 97).

¿Pero a qué nos referimos cuando hablando de “mapas”, siendo más específicos a un “mapa mental”?; para Lechner, el mapa constituye una representación simbólica de la realidad, mediante el cual las personas logran estructurar una trama espacio temporal; es decir, “Los mapas nos ayudan a delimitar el espacio, trazar límites, medir distancias, establecer jerarquías, relevar obstáculos y entornos favorables...los mapas nos permiten visualizar prioridades, fijar metas y diseñar trayectos adecuados al terreno. En fin, contribuyen a enfocar las cosas en sus debidas proporciones” (Lechner, 2002: 27).

Esta idea de “mapa mental”, nos permite tener una concepción del mundo, ordenar la complejidad de los asuntos humanos, “la forma en que nos representamos la realidad social”; sin embargo, la crisis de la política, el discurso del fin de la historia, la naturalización de lo social, el avance de la insignificancia y la hegemonía del pensamiento único, constituyen obstáculos para el uso de los mapas; es más, aflora la incertidumbre, el desencanto y la apatía. Como resultado de aquello, se ha producido -citando a Zigmunt Bauman- un incremento de la libertad individual que coincide con el incremento de la impotencia colectiva.

Para dicho autor, “el problema contemporáneo más siniestro y penoso” se expresa en el término “*Unsicherheit*”, palabra alemana que fusiona tres en español: “incertidumbre”, “inseguridad” y “desprotección”. Este problema, se convierte en un poderoso dispositivo que impide a las personas actuar colectivamente, ya que al sentirse inseguras centran sus preocupaciones en lo que pueda depararles el futuro ya que temen por su seguridad. Y en esa dinámica, las instituciones políticas y sus medidas tendientes a mitigar la inseguridad, terminan por “sembrar la suspicacia mutua, separar a la gente, la inducen a suponer conspiradores y enemigos ante cualquier disenso o argumento, y acaban por volver más solitarios a los solos” (Bauman, 2009: 10-13).

Así nos encontramos (convivimos) con nuestros miedos, con ese *miedo al otro*, por ejemplo al “extraño”, “diferente”, a los “anormales” como diría Foucault. Miedo y desconfianza al otro que representa(ría) o simboliza(ría) el conflicto, una alteración y amenaza del orden instituido.

También está el *miedo a la exclusión*, a la dificultad para acceder a servicios básicos de salud, educación y previsión. En un sistema económico como el neoliberalismo que tiene como motor la competitividad, productividad y el individualismo egoísta, y aquellos que no cuentan con los recursos financieros, se sienten vulnerados, sin protección, excluidos y violentados, no son partícipes de una comunidad. Todo aquello se traduce en desvalidez, rabia, impotencia y anomia.

Y por último, ese *miedo al sinsentido*, provocada por nueva experiencias vinculadas al stress, el auge de las drogas, tráfico, contaminación, agresión. “La vida cotidiana, acelerada a un ritmo vertiginoso por miles de afanes, una sucesión interminable de sobresaltos y una transformación permanente del entorno laboral y del paisaje urbano, deja a la gente sin aliento para procesar los cambios. La

realidad deja de ser inteligible y aparece fuera de control. ¿Cuál es, en medio del torbellino, el sentido de la vida?” (Lechner, 2002: 55).

Para terminar este punto, podemos decir que “El mundo contemporáneo es un container lleno hasta el borde del miedo y la desesperación flotante, que buscan desesperadamente una salida. La vida está sobresaturada de aprensiones oscuras y premoniciones siniestras, aún más aterradoras por su inespecificidad, sus contornos difusos y sus raíces ocultas” (Bauman, 2009: 23).

“Hay gente que muere de miedo: el miedo como problema político”

El debate historiográfico, sociológico y politológico afirma que el Golpe de Estado de 1973 significó un nuevo momento histórico en la historia reciente de Chile, que hasta el día de hoy se mantiene en cuanto repercusiones, vivencias, herencia material e inmaterial. Pero aquel cierre de época y el paso a otra, significó -entre otros tantos aspectos- la aplicación de un sistema económico como el neoliberal y desde el punto de vista político, el discurso sistemático del apoliticismo; sin embargo, al mismo tiempo, se iba instituyendo un propio discurso político, pero expresado en categorías económicas. Como apunta Lechner “la política económica implica una resignificación de la política. El nuevo ámbito político es otro o, al menos la delimitación de lo político y lo no-político está en pugna. Junto a la des-politización (en el sentido que está prohibido hacer política) tiene lugar una re-politización, creando un nuevo ámbito de la política” (Lechner, 2007: 212).

Conjuntamente, el proceso llevado adelante por la dictadura cívico militar del General Augusto Pinochet se enmarca y tiene su fundamento en una doble perspectiva, por una parte la represión física y por otra la persuasión, construcción de hegemonía; por ello, resulta pertinente analizar aquellos mecanismos, dispositivos de control y disciplinamiento social que buscaron reducir la actividad política, por la vía del miedo y el castigo físico, lo cual conllevó que la ciudadanía modificara sus estados de voluntad, es decir, una manipulación e instrumentalización de las subjetividades.

La dictadura genera una “cultura del miedo” (cultura autoritaria) y aquello persistirá, aunque desaparezca el régimen”. Junto al miedo está la cuestión del orden, es decir, la dictadura apela al orden, restablecer el orden quebrantado por la UP, la izquierda, los marxistas, los “enemigos de Chile”. Entonces la lucha por el orden, es una lucha por determinar la significación de la política, y en el caso de la dictadura, estará circunscrita en tres aspectos: en primer lugar *la lucha (por el orden) como una guerra*, en la cual el régimen (la dictadura) reconoce a la oposición sólo como una resistencia, aquella política binaria del amigo-enemigo y en la cual “el enemigo es muerto o desaparecido”; en segundo lugar el *disciplinamiento de la sociedad* como una “experiencia diaria de lo normal y natural”. Un disciplinamiento a través de diversas organizaciones o dispositivos (Juntas de Vecinos, Centros de Madres, Secretaria Nacional de la Mujer, Secretaria Nacional de la Juventud, Dirección General de Deportes y Recreación, voluntariados y las municipalidades) las cuales al mismo tiempo se transforman en mecanismos de control dentro de un orden jerárquico. Conjuntamente, el

espacio público al estar intervenido, (militarizado), provoca la disgregación de las identidades colectivas y con ello eliminar (eventuales o potenciales) conflictos y peligros. En otras palabras, la dictadura fabrica, instituye una realidad, con sus normas, códigos, pautas y conductas, una sociedad sin conflictos y si éstos surgen, son “imputados a los políticos demagogos y a la acción subversiva”. Y en último lugar, el *orden del mercado*, “mientras antes el orden era pensado y construido en torno a las categorías de nación, participación, representación y voluntad colectiva, el enfoque neoliberal lo concibe en términos de tasa de inflación, tasa de interés, tasa de emisión monetaria y tasa de desocupación. Con lo cual categorías económicas se cargan de significación política” (Lechner, 2006).

En el caso del miedo, la dictadura promete eliminar, extirpar el miedo, el peligro, la amenaza del marxismo y sus seguidores. Precisamente, “El golpe militar de 1973 define la situación chilena como un antagonismo de “orden versus caos”. Tal antinomia no permite tregua ni compromisos; se dirime por la victoria de uno y la derrota del otro. El otro es visualizado como enemigo que hay que aniquilar. ¿Quién es enemigo? Todo lo que amenaza a la seguridad propia: lo diferente. Lo diferente demostraría la presencia del caos. Por consiguiente: defender el orden es eliminar lo diferente”.

“La lógica de la guerra es perversa; el orden es definido por el caos, el amigo por el enemigo. Hay que destruir al enemigo, eliminar al marxismo. Pero simultáneamente se requiere la existencia del enemigo como supuesto de la propia existencia (...) Demonizar al enemigo se asegura la unidad de los amigos. El “caos marxista” y la “unidad monolítica de las Fuerzas Armadas” son las dos caras complementarias de un mismo “discurso de la guerra”. Entonces, la dictadura, más que eliminar el miedo, va generando, instituyendo nuevos miedos, trastorna profundamente las rutinas y hábitos sociales.

La dictadura, se apropia de los miedos, se apropia ideologizándolos, los resignifica, transformándolos en fuerzas demoníacas: el caos, el comunismo, el marxismo, los enemigos de Chile que se infiltran y subvierten el orden establecido, “es el peligro mortal que hay que derrotar. Aniquilando el caos -la subversión comunista- se defiende a la vida...la dictadura aparece como la salvación” (Lechner, 2006: 404).

Para finalizar e ilustrar lo que hemos señalado en estas últimas líneas, en marzo del año 2006 apareció en el entonces diario La Nación Domingo un reportaje del periodista Jorge Escalante, el cual se intitulaba “La política del miedo. Pinochet, manipulador de instintos”. El reportaje, que incluye las imágenes de los documentos originales, señalaba que Augusto Pinochet el año 1974 “ordenó manipular los instintos y sentimientos de la población, con el fin de mejorar el respaldo al régimen”. Para ello diseñó un “Plan de Acción Sicológica” que buscaba “...continuar con la acción de minimizar y destruir la imagen del marxismo, demostrando que es intrínsecamente malo”. En contrapartida había que mejorar la imagen del Gobierno, aumentar su base de apoyo y mostrar aquellos aspectos positivos. Por último, también había que “revalorar los valores éticos y morales, estimular la lealtad a una cusa superior, Dios y la Patria, y a preparar y desarrollar una operación

sicológica destinada a mejorar la integración Fuerzas Armadas-Comunidad, y difundir los sacrificios que está realizando personal de las FFAA en beneficio de la Reconstrucción Nacional, para destruir la imagen de sector privilegiado”⁴

CONCLUSIONES

El domingo 26 de marzo del año 2000, páginas D 20-21, del cuerpo de Reportajes de *El Mercurio*, traía una nota cuyo título era “*profetas y frenéticos*”. Dicho reportaje buscaba ilustrar, citando varios ejemplos históricos, lo que era -en ese entonces con el cambio de siglo- el resurgimiento de tendencias apocalípticas, vinculado al aumento de suicidios colectivos.

Uno de los entrevistados en aquella nota, era el sociólogo y experto en sectas, Humberto Lagos, el cual señalaba que a este tipo de grupos, concurren personas en busca de un sentido de pertenencia, respuestas y certezas, las cuales les son proporcionadas categóricamente por un líder o gurú. De esa forma, los miedos, angustias e inseguridades son apropiados por aquel personaje, líder, el cual tiene entre sus características una personalidad muy fuerte, dominante y muy hábil frente a la masa y un carisma especial que lo hace proclamarse Dios o enviado de él.

Tenemos por una parte, el miedo (visible, oculto), las tendencias apocalípticas, los discursos de fin de mundo y época. Aquella percepción de amenaza (real o imaginaria), de angustia, ese miedo difuso sin objeto determinado que nos corroe todo, termina por desmoronar las esperanzas, desvanecer las emociones y apagar la vitalidad (Lechner, 2006: 397). Y por otro lado, se encuentra el manejo y utilización que se hace de ellos, de ahí mi interés en prospectar y dar una mirada al miedo como problema político, específicamente durante las últimas décadas.

El miedo constituye una poderosa actividad humana de la acción política y está vinculada con la cuestión del orden (variable política por excelencia), aspecto que va mucho más allá de lo institucional, tiene que ver con las emociones, creencias, imágenes; por ende, con sentimientos de incertidumbre y desamparo. Por eso los gobiernos se esmeran tanto en “poner orden”, de “imponer el orden” (su orden); es decir, asegurar aquella “unidad” (jerárquica) que otorgue a los ciudadanos un lugar “natural”; en el fondo una sociedad vigilada y disciplinada.

En la historia de Chile, tenemos casos paradigmáticos, por ejemplo valoramos, reconocemos y respetamos aquellos personajes que “encarnan” los valores del orden y el progreso: “los Valdivia, los dos O”Higgins, los Manuel Montt, los Andrés Bello o sus equivalentes de tono menor, personajes-emblemas, incólumes”, mientras que “repudiamos a los espíritus anárquicos, revoltosos o perturbadores...los Carreras, Pedro Félix Vicuña, Bilbao, Huidobro, Carlos Altamirano, Matta y los hermanos Miguel y Edgardo Enríquez que nos resultan una sartá de locos, dementes, inestables e incorregibles. Gente no confiable que sirve a lo más para confirmar que no podemos sino ser distintos”. Lo que interesa es tener la casa en orden, eternizar el “peso de la noche”, ser un

⁴ La Nación Domingo, semana del 19 al 25 de marzo de 2006, p. 28.

país excepcional, únicos, irrepetibles, “un pueblo elegido” (Jocelyn-Holt, 1997: 182-183).

En esa dinámica histórica, se va produciendo una apropiación de los miedos por parte de los gobiernos, determinadas instituciones y sus elites. Se trabajan e instrumentalizan los miedos como mecanismos de disciplinamiento social, no necesariamente a través de medidas represivas o coerción física, salvo para ejemplificar la ausencia de alternativas (por ejemplo, militares en las calles). Por lo tanto, la apuesta pasa por desvalorizar la capacidad personal y colectiva, influir sobre el entorno público, apostando a la mentada seguridad en sus diversas facetas: *no haga esto, no diga eso, no pienses, no se mete en aquello, cuidado!* etc.

Como contrapartida, necesitamos que la sociedad se haga cargo de los miedos, los asuma y comparta, no para eliminarlos, aquello es imposible, pero si para disminuir los niveles de susceptibilidad a determinadas situaciones.

Si como sociedad no logramos asimilar y construir una imagen fuerte de nosotros, como actor colectivo a través de prácticas exitosas de acción colectiva, estaremos renunciando a la política y a su carácter constructivista, a aquella dimensión subjetiva de la política, específicamente a la práctica de construir una comunidad de ciudadanos. De lo contrario, seguiremos viviendo -como apunta Lechner- a merced de discursos populistas, demagógicos, apocalípticos y fatalistas que acogen y movilizan a su antojo la subjetividad vulnerada de los ciudadanos.